

“El MRP y una relectura revolucionaria del peronismo a comienzos de los sesenta”

Andrés N. Funes

IDAES-UNSAM

Andrez_zero@hotmail.com

Introducción

El 5 de agosto de 1964, en un plenario desarrollado en el Sindicato del Calzado de la ciudad de Buenos Aires se dio nacimiento al Movimiento Revolucionario Peronista (MRP), el que podría considerarse como el más serio intento llevado a cabo por los militantes peronistas en la primera mitad de los años sesenta por aprovechar el a veces denominado “giro a la izquierda” de Perón a comienzos de la misma década. El dirigente “jabonero” Gustavo Rearte y el delegado personal “insurreccional” de Perón, Héctor Villalón, fueron los artífices máximos del recién formado grupo. A su vez, el semanario dirigido por Mario Valotta, *Compañero*, fue erigido como portavoz del MRP. Esto es, las páginas del semanario mostrarían las ideas, deseos y proyectos del grupo. Sin embargo, el MRP tuvo una vida muy corta. Un año después de haberse formado, las desavenencias internas entre sus máximos responsables, Rearte y Villalón, lo habían horadado y la dispersión ya reinaba. Asimismo, Valotta sufriría los vaivenes políticos de Perón, quedando sin sustentación económica y dejando de editar *Compañero* en abril de 1965. Para los años finales de la década de los sesenta, el MRP no era más que un recuerdo lejano en los nóveles grupos políticos formados al calor del Cordobazo y reverberancias posteriores. Tanto es así que las dos aventuras en solitario de Valotta, sus intentos por reeditar *Compañero* en 1968 y 1973, pasaron sin pena ni gloria.

El objetivo de presente trabajo, empero, no es realizar una historia o narración de las peripecias del MRP. Tampoco es, huelga decirlo, un mero examen sobre el contenido factual que Valotta vertía en las páginas de su semanario. La intención del escrito es, en contrapartida, analizar la concepción de peronismo que circuló en el MRP, a partir un análisis hermenéutico de *Compañero*, utilizando para ello las herramientas metodológicas y teóricas elaboradas por la sociología de las identidades políticas. Debe marcarse, que no existen en la actualidad trabajos que se embarquen en un análisis

exhaustivo del MRP. En la mayoría de los estudios que lo han referido, se lo concibió como una suerte de germen de las organizaciones político-militares peronistas de los años setenta (James, 1976; Gillespie, 1982; Gil, 1986; Lanusse, 2005). Desandar las explicaciones causalistas que se han ofrecido acerca del MRP contribuirá a devolver al peronismo de los años sesenta muchos de los matices y contornos minimizados cuando no pasados por alto en las investigaciones académicas.

A los fines organizativos, el trabajo estará estructurado en dos partes. La primera de ellas está organizada derredor de la pregunta por la identidad. Allí se examina el concepto de identidades políticas, su relación con la historia y su utilidad a la hora de analizar fenómenos históricos. Luego, la segunda parte busca poner en juego la categoría de identidad política en lo que es la lectura revolucionaria del peronismo realizada desde las páginas de *Compañero*. Esto permite reparar en la dimensión ficcional y políticamente construida de la historia. Característica esta, debe repetirse, endémicas de todo proceso de constitución identitario.

¿Qué son las identidades? ¿Qué relación mantienen con la historia?

Una primera respuesta podría ser concebir a la identidad como una representación, una imagen creada y desde la cual las significaciones individuales y colectivas adquieren determinación. En otras palabras, concebirla como una construcción, “una ficción organizativa” (Yannuzzi, 2002; 283), mediante la cual los individuos no sólo se figuran la realidad que los circunda, sino que también les permite el reconocimiento mutuo entre los miembros de un mismo grupo.

Para Restrepo (2007), por otro lado, el concepto de identidad presenta una serie de características. Para empezar, son relacionales. Esto es, se producen a través de la diferencia y no independientemente de ésta. En este sentido, entonces, las identidades sólo son posibles en tanto establecen actos de distinción entre un orden interioridad-pertenencia y uno de exterioridad-exclusión. Ambos polos, no obstante, deben pensarse como mutuamente constitutivos. Luego, son procesuales, lo que significa que están históricamente situadas; son construcciones históricas, condensando, decantando y recreando, por tanto, experiencias e imaginarios colectivos. Asimismo, están discursivamente constituidas; son producidas, disputadas y transformadas en formaciones discursivas concretas. Son entendidas también como un provisional e

inestable punto de sutura entre las subjetivaciones y las posiciones de sujeto.¹ Por último, *last but no least*, en tanto construcciones polifónicas y multiacentuales, las identidades acarrearán múltiples, contradictorios e inconmensurables sentidos.

La definición deslizada líneas más arriba adolece, no puede negárselo, de cierta abstracción, la cual dificulta su operacionalización a los fines de utilizarla, por ejemplo, en análisis históricos o socio-políticos. No obstante, el trabajo de Aboy Carlés (2001) ofrece elementos interesantes en tanto permiten mermar la mencionada abstracción. El prestigioso sociólogo define a las identidades socio-políticas como prácticas sedimentadas, que configuran sentido y establecen, en un movimiento simultáneo – diferenciación externa y homogenización interna- solidaridades estables, con capacidad para definir, merced a unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción. Para el autor, la constitución y transformación de la identidad política se da en el marco de una doble competencia: entre las particularidades que componen el sistema y tensiones con respecto a la tradición de la propia unidad de referencia. Este concepto de identidad debe ser concebido desde una perspectiva de devenir, sólo a partir de la cual los procesos de transformación y/o mutación de una identidad podrán ser advertidos. En otras palabras, esto significa reparar en el hecho de que toda identidad socio-política tendrá límites inestables y susceptibles de constantes redefiniciones. Asimismo, resulta necesario subrayar el papel imprescindible que adquieren la fijación de límites en la constitución de los espacios identitarios, límites a partir del cuales se constituye un espacio solidario y relativamente homogéneo.

Para Aboy Carlés, la definición arriba propuesta da lugar a tres dimensiones analíticas, imprescindibles para el estudio de fenómenos histórico-políticos. En primero lugar, la alteridad, entendiendo que no puede haber identidades por fuera de un sistema de diferencias. Luego, la representatividad, esto es, un proceso de cierre parcial y precario de toda identidad. Y, por último, la tradición, en donde se arguye que toda identidad se configura referenciándose en un pasado y proponiendo la constitución de un futuro deseado.

Sin por ello desprestigiar las restantes dimensiones, es en concreto la última de ellas la que compete específicamente al trabajo que aquí se presenta. En lo que Aboy Carlés denomina “perspectiva de la tradición”, el pasado aparece como abierto, siendo reconstituido en función de un presente y un porvenir anhelado. La historia, por

¹ Esto ya ha sido marcado por Bauman: “La búsqueda de identidad es la lucha constante por detener el flujo, por solidificar lo fluido, por dar forma a lo informe” (1999; 89).

ejemplo, es escrita para y desde el presente. Como se decía más arriba, cuando un actor bucea por los anales del pasado lo hace casi exclusivamente para brindar a su grupo de pertenencia un conjunto de seguridades. Asimismo, la reescritura del pasado, es una herramienta fundamental a la hora de polemizar con y descalificar a los enemigos de turno.

Esa naturaleza abierta y a la vez contingente de toda reescritura del pasado, es lo que permite hablar de su carácter “inventado”. Hobsbawn, en su *The Invention of Tradition* (1983), argumentó que todas las “tradiciones” no solamente son recientes en cuanto a su origen, sino que también son producto de una invención. En este sentido, ese conjunto de prácticas regidas por reglas aceptadas –explícita o implícitamente- y de naturaleza ritual o simbólica, cuyo objetivo estaría en inculcar ciertos valores o normas por medio de la repetición, que lógicamente indica continuidad con el pasado, son producto de una invención. El pasado es reconstruido permanentemente por el grupo, donde la tradición se convierte en el medio indispensable a través del cual se organiza la memoria de la colectividad. Ello deriva en construcción de “imaginarios sociales”, para utilizar una noción de Bazcko (2005), en tanto conjunto de representaciones de la realidad, colectivamente inventadas y elaboradas mediante la utilización de un caudal simbólico, cuya función es la organización y el dominio social sobre el plano socio-simbólico.

En razón de que todo grupo reconstruye, resignifica y retrabaja sobre y en su propia memoria colectiva, adecuándola a las exigencias del presente, y, también, en tanto no hay hechos que hablen por sí solos, éstos se convierten en lo Laclau (1996) llamó “significantes flotantes”. Un conjunto de significantes sometidos al constante “tire-y-afloje” entre pretensiones articuladoras antagónicas, que presentan la particularidad de “ser de todos” sin “ser de nadie”, exclusiva ni permanentemente. Los significantes flotantes expresan, en este sentido, la ambigüedad inherente a cualquier frontera de exclusión y delatan la imposibilidad de que éstas adquieran una definitiva estabilidad. Los significantes son rearticulados de conformidad con el devenir de la identidad, siendo sometidos a la puja por proyectos antagónicos.

En definitiva, puede sostenerse con toda seguridad que el vínculo entre identidades e historia es capital. Algo similar sucede con que se da entre política e historia. En relación con ello, Gramsci (2003) ha señalado, refiriéndose al concepto de historia en Benedetto Croce, que si el político es historiador –esto es, hace y también interpreta el pasado- es también un político que transforma a la historia en una historia

contemporánea o política. En definitiva, las reconstrucciones épicas realizadas sobre el pasado se constituyen, en todo caso, en fuentes fecundas para el análisis de los distintos discursos sobre el pasado, “prescindiendo por completo de cotejar los mismos con un supuesto ‘pasado empíricamente dado’ al que se referían” (Aboy Carlés, 69). Parafraseando a Renan (2010), entonces, los olvidos y errores históricos deliberadamente forman parte de todo regreso al pasado.

Una lectura revolucionaria de peronismo

Acerca de *Compañero* y el MRP

Compañero, dirigido por el médico y periodista Mario Valotta, tuvo tres ediciones en sus diez años de vida. La primera, que incumbe al trabajo que aquí se presenta, se editó a comienzos de los años sesenta, entre las presidencias radicales de José María Guido y Arturo Illia. Específicamente, entre junio de 1963 y abril de 1965. Además de la pluma del propio Valotta, de ácidos y rutilantes editoriales sobre los acontecimientos de la política nacional, en sus 79 números desfilaron también periodistas y escritores de la talla de Rogelio García Lupo, Rodolfo Ortega Peña, Eduardo L. Duhalde, Germán Rozenmacher Pedro L. Barraza y Julio Notta. Con una tirada de aproximadamente 35 mil ejemplares, *Compañero* tenía en los sindicatos –específicamente, los de farmacia y textiles- y en puestos de diarios de la ciudad de Buenos Aires sus lugares de venta. Asimismo, gran circulación tuvo en la Provincia de Buenos Aires y en ciudades del interior del país, como Rosario y Córdoba.²

Fue sucesor de otro semanario también dirigido por Valotta, *18 de Marzo*, que contó con tan sólo 9 números, entre diciembre de 1962 y febrero de 1963. Al igual que éste, *Compañero* se presentó como una voz crítica tanto del gobierno radical, de la oposición no-peronista a éste, y también de los dirigentes políticos y gremiales del campo peronista. Figuras como las de Arturo Illia, Arturo Frondizi, Pedro E. Aramburu, Augusto T. Vandor o Raúl Matera fueron objeto de duras palabras en las páginas del semanario. Como contrapartida, el sindicalista textil y luego delegado personal de Juan D. Perón, Andrés Framini, los sectores trabajadores del interior y sus medidas de lucha, como así también las diversas organizaciones de la Juventud Peronista, tuvieron no sólo un lugar destacado sino también palabras más que positivas sobre su accionar.³

² Esto fue señalado por Facundo Carman en una entrevista con el autor. 14 de mayo de 2017.

³ Para ahondar en un análisis el contenido de *Compañero*, se sugiere Raimundo (2001).

Un punto de inflexión en la historia del semanario lo constituyó la formación del Movimiento Revolucionario Peronista. Como ya se mencionó, se erigió a *Compañero* como su vocero. La constitución del MRP estuvo vinculada a las tensiones manifiestas entre Perón y Vandor. Villalón, a la sazón delegado insurreccional del primero, fue el encargado de reunir y agrupar a las distintas corrientes gremiales antivandoristas y grupos de la Juventud Peronista.⁴ Al decir de Bozza, se constituyó como una línea dura que se oponía a las cúpulas políticas y sindicales del peronismo seducidas por la política de integración y de compromiso del gobierno radical. Aún con una existencia breve, continua el autor, esbozó una “crítica anticapitalista sobre la estructura de clases de la Argentina, su régimen político, el gobierno, el sistema de partidos y sobre el rol de varios dirigentes del Movimiento Peronista (2001; 144).

No obstante, bien pronto, y posiblemente a raíz de desavenencias internas y, también, a cambios tácticos desde Madrid, los caminos de Valotta y el MRP tomarían otras direcciones. Tal y como se señaló, el ahogo económico hizo que *Compañero* deje de publicarse luego de las elecciones legislativas del año 65. Valotta, empero, volvería a intentar reflotar la idea del semanario en 1968 y en 1973, con un tono beligerante marcadamente marxista, pero sin mucho éxito. En lo que hace al MRP, los años siguientes serían testigos de su virtual disolución.⁵

La revolución en marcha (1945 – 1955)

El 12 de octubre de 1963 asumía como presidente de la Nación el cordobés Arturo Illia. La elección presidencial de junio lo había dado como ganador con un magro 25,9% de los votos, frente a los casi 20 puntos porcentuales de voto en blanco, dinamizado no sólo por el llamado a “votar en blanco” que había lanzado desde el exilio español Juan Domingo Perón sino también por virtud del sector radical intransigente vinculado a Arturo Frondizi. Ambos se encontraban imposibilitados de participar en las elecciones.

⁴ El rol de Villalón, debe marcarse, no fue celebrado por todos. Cooke, por ejemplo, en su carta a Perón del 12 de septiembre de 1964, se refiere al otrora delegado como un “revolucionario de carnaval” que juega la insurrección; un provocador que simula constantemente (2014; 589). Jorge Rulli, por otro lado, aduce que Villalón no era más que un personaje que utilizaba Perón para conseguir fondos económicos vía Cuba, cuyas promesas de “un fusil para cada joven peronista” se desvanecía prontamente en el aire (Anzorena, 1989; 81).

⁵ Sin embargo, para Carlos “Pancho” Gaitán, participe en la constitución del MRP, en el periodo que media entre su fundación y los primeros años de los setenta, la organización desarrolló regionales en distintos puntos del país: Buenos Aires, Rosario, Santiago del Estero, Tucumán, Salta, Jujuy, entre otros (2014; 153). La pregunta que podía hacerse al testimonio del mencionado es: ¿hasta qué punto las regionales desarrolladas efectivamente en el periodo 64-72 seguían reconociéndose como parte del MRP, una vez que Villalón había caído en desgracia y Rearte, alejado de sus antiguos compañeros, se encontraba pululando entre Cuba y Argentina?

Corrían similar suerte los partidos neoperonistas, a los cuales se les se le prohibió presentar candidatos.

La asunción de Illia coincidía con un hecho de envergadura para el peronismo. Tan sólo unos días después, el 17 de octubre, la Capital Federal, tras nueve años,⁶ se convertía nuevamente en el escenario elegido para la conmemoración del “Día de la Lealtad”. El acto central se llevaría a cabo en la Plaza Miserere del barrio de Once, escenario en las primeras décadas del siglo XX de manifestaciones sindicales, socialistas y anarquistas. El peronismo llegaba a esta fecha profundamente dividido entre un sector ligado al dirigente de la Unión Obrera Metalúrgica, Augusto Timoteo Vandor, y otro opositor a éste en los planos políticos y gremiales, vinculado, a grandes trazos, al sindicalismo “duro”. La división, lógicamente, era producto de las reyertas intestinas por las que estaba atravesando el movimiento. Habría que recordar que para agosto de 1963 el Consejo Superior Peronista conformó lo que se denominó el Cuadrivirato; una suerte de organismos interventor conformado por Andrés Framini, Ilda Pineda de Molina, Julio Antún y Rubén Sosa, que tenía la tarea de reorganizar el Partido Justicialista. También debiera mencionarse la conformación de la Comisión Provincial Provisoria para la Organización del Justicialismo en la Provincia de Buenos Aires o lo que se denominó “línea Las Flores-Luján”, frente a la cual estaba el otrora vicegobernador electo en marzo de 1962, Marcos Anglada. Empero, la divisoria de aguas que comenzaría a producirse en los elementos políticos y sindicales del peronismo no impidió que cuatro antitéticos personajes tomaran la palabra en el acto: Miguel Gazzera, Andrés Framini, Rubén Sosa y Delia Parodi (Melón Pirro, 2011).

Para McGuire, los “duros” “pertenecían principalmente a sindicatos chicos con escaso poder de negociación frente a los empleadores o al estado” que, a pesar del “tradicional anticomunismo del peronismo”, reclamaban un programa que expropié a la oligarquía e implante el control obrero de la producción, tal y como rezaba el Programa de Huerta Grande de 1962.⁷ Entre los nombres que pertenecieron a esta línea, el autor

⁶ Desde el acaecer del golpe de Estado de septiembre de 1955, la “Revolución Libertadora” había prohibido cualquier tipo de manifestación pública y organizada en recuerdo de aquella fecha. A partir de allí, su conmemoración adquirió otro sentido; “se convirtió en una fecha en la que se exteriorizaba la protesta: pintadas en las paredes, el estallido de un petardo, anuncio de paros generales y planes de luchas” (Lobato y Tornay, 2005; 236). Asimismo, y como marca Ehrlich (2012; 154), las provincias del interior se convirtieron, frente a la prohibición que pesaba sobre Buenos Aires, en los escenarios predilectos para los actos y manifestaciones en recuerdo al “17 de Octubre”. Son los casos de Tucumán, Córdoba y Santa Fe, por mencionar sólo algunos.

⁷ Al decir de Schneider, el mencionado Programa no cuestionó ni impugnó el sistema capitalista, siendo, en todo caso, más “enumeraciones propias de la retórica y de la tradición peronista” (2006; 188) Podría legítimamente preguntársele al autor si considera que “expropiar a la oligarquía terrateniente sin ningún

menciona los dos Amado Olmos, Roberto García, Jorge Di Pasquale y Ricardo De Luca, agregando, además, el de Andrés Framini (2004; 173-174). James sostiene que la “línea dura” constituyó un estado de ánimo, una actitud, una “estructura de sentimiento” más que en una posición política o ideológica articulada, porque el conflicto de clases del periodo entró en tensión con la ideología peronista formal (1990; 183). En discusión con el este autor, Ehrich señala que los principales temas que estructuraron a los “duros” venían impregnados por la “retórica y el repertorio de temas de los sectores políticos (no sindicales) de la intransigencia peronista (...) forjados en la oposición al gobierno de la ‘Revolución Libertadora’ y circularon en las publicaciones periódicas peronistas” reformulándose a través de éstos la combatividad del peronismo en la proscripción (2012; 196). Aunado a la crítica de la historiadora argentina, es posible decir que allí donde James ve un “estado de ánimo” o una “estructura de sentimientos” supuestamente no político, se está ante una categoría eminentemente política; esto es, una categoría que produce un agrupamiento entre “amigos” y “enemigos”, para decirlo en términos schmittianos.

La disyuntiva “duros” y “blandos” va a ser utilizada por *Compañero* para trazar un retrato sobre el fenómeno peronista que le permita, en un mismo movimiento, ligarse a la tradición peronista y polemizar con aquellos sectores que dentro del movimiento ponían en cuestión la figura de Perón: los vandonistas. Se trataba, en definitiva, del trazado de una “esencia revolucionaria” del peronismo, olvidada y obturada por las estructuras burocráticas que tenían la conducción política del peronismo en el país.

Quizás no haya mejor demostración de este intento por delinear una dimensión revolucionaria del peronismo que las dos notas “¿Qué es la revolución?”, escritas por Andrés Framini y aparecidas en los números 20 y 21 de *Compañero*. Allí, sentencia el secretario general de la Asociación Obrera Textil:

Hemos señalado muchas veces que *el peronismo es un Movimiento Revolucionario, que trasciende las fronteras de los partidos políticos tradicionales*. Ninguno de estos cuestiona la estructura fundamental del país. Sus diferencias son de grados; difieren en lo secundario, coinciden en lo que es la defensa del actual orden de cosas, de la estructura económica y social oligárquico-capitalista, de la dependencia de las grandes potencias imperialistas, del carácter jurídico-político del liberalismo (*Compañero*, 20, p. 3 – Cursivas propias).

tipo de compensación” o “implantar el control obrero de la producción”, puntos 7 y 8 del Programa, deberían ser considerados como simples retóricas de la tradición peronista y no como impugnaciones al capitalismo.

Con el 17 de Octubre de 1945, nuestro inmediato antecedente revolucionario no aparece en nuestra realidad como un simple acontecimiento político, sino como la *continuación, bajo nuevas formas, de la misma Revolución Nacional iniciada a principios del siglo pasado*. La importancia del 17 de Octubre trasciende de esta manera los objetivos concretos que animaron a las masas para movilizarse. Cuando el Pueblo, con los trabajadores a la cabeza, impuso la libertad a su LIDER, estaba realizando una revolución e incorporando un HECHO NUEVO a la historia moderna del país (...) [Con su acción, las masas populares] *cambiaron el curso del país*, arrancaron el poder a la oligarquía y al imperialismo e impusieron un gobierno integrado por las fuerzas populares (*Compañero*, 21, p.3 – Cursivas propias).

Dos cuestiones se derivan del extracto precedente. Por un lado, el carácter revolucionario y movimentario⁸ del peronismo, como puede apreciarse de la primera cita, se corresponden para Framini. Frente al peronismo se encuentran los partidos políticos tradicionales, aquellos que confluían, en contraposición al peronismo, parece sostener el autor de la nota, en la defensa del orden económico, político y social que regía en la Argentina. El carácter revolucionario del peronismo, entonces, estaría en su capacidad para poner en cuestión el orden de lo dado; esto es, para cuestionar los modos en que un orden se estructura y divide (Rancière, 2007).⁹ Y, por el otro, la revolución que venía a traer el peronismo no parece tener, se sigue de la segunda cita, un carácter *ex nihilo*. La irrupción del peronismo en aquella calurosa jornada de octubre del año 45 no hizo más que recuperar, parece sostener Framini, la estela legada por la “Revolución de Mayo” de 1810. A este respecto, Plotkin, analizando el derrotero del “17 de Octubre” durante el primer gobierno de Perón, señala que es en 1947 cuando se produce la transformación de aquella fecha en una celebración patriótica. Esto es, se transforma aquella festividad en una fiesta de Estado, enlazándose al “25 de Mayo” de 1810. En ambas oportunidades, “el pueblo había salido a la calle a defender sus derechos. Con

⁸ Balbi (2007; 27 y 28) ha llamado la atención sobre el hecho de que para el Perón de *Conducción política* [1951], el *Movimiento* no era otra cosa que la reunión bajo la conducción centralizada del propio Perón de fuerzas y sectores heterogéneos que no podían o querían confluír en una misma organización. Era la Doctrina Nacional (peronista) la que daba unidad a esas fuerzas heteróclitas. Claramente esto se asemeja al clásico concepto acuñado por Weffort para describir el populismo varguista: un Estado de compromiso. Esto es, un Estado que debía moverse “dentro de una complicada red de compromisos y conciliaciones entre intereses diferentes y a veces contradictorios”, y en el cual ninguno de los actores involucrados podía hegemonizar el proceso (1998; 145).

⁹ Respecto a esta puesta en cuestión, se señala en el semanario: “Cuando el 17 de octubre las clases trabajadoras argentinas se movilizan e imponen –por primera vez en nuestra historia- su voluntad de participar en los destinos de la Nación, muchas cosas cambian en la Argentina, *muchos valores establecidos hasta ese momento inamovibles e intocables se trastocan y perimen* (...) Esas masas que en el atardecer de la memorable jornada aclaman al líder rescatado acaban de pisotear muchos tabúes, acaban de *abrir una brecha profunda e indeleble en el cuerpo de la Argentina ‘tradicional’*” (*Compañero*, 52, p. 4 – Cursivas propias). Para ahondar en este trastocamiento de los valores tradicionales producto del acaecer mismo del “17 de Octubre”, se recomienda James (1995; 83-129).

esta operación, el peronismo implícitamente también se estaba apropiando de ésta última celebración patriótica” (1995; 204). Asimismo, esa ligazón entre 1810 y 1945 es explícita en la Evita de *La razón de mi vida* [1952] (2006; 218). Retomando lo expuesto en la cita de Framini, las masas, incluso no sabiéndolo, estaban produciendo una revolución con su movilización y la posterior liberación de Perón. Esto hacía del “17 de Octubre” algo más que un simple hecho político anecdótico; éste se constituía, en todo caso, en el “inmediato antecedente revolucionario”, mediante el cual las “fuerzas populares” que formaron el gobierno peronista “cambiaron la historia”.

Una cuestión interesante se deriva de lo dicho. Aquella filiación que hace Framini entre el “17 de Octubre” y la gesta revolucionaria de Mayo puede ser vista como una reactualización de conflicto pasado a la luz del presente. Esto es lo que sugiere Aboy Carlés (2001; 69) respecto a la construcción de un actor social imaginario que atraviesa el tiempo y el espacio como aparece en Verón y Sigal (2014; 195): esta construcción se produce en la medida en que conflictos actuales son presentados como la configuración de conflictos históricos;¹⁰ ésta permite no sólo dotar de sentido a la acción presente sino también reforzar la identidad del colectivo enlazándose a una herencia común. Entonces, la lógica que entiende al peronismo como revolucionario y a su nacimiento es un eco estentóreo de “Mayo”, está enlazada a las necesidades del conflictivo presente.

Ahora bien, una pregunta fundamental se sigue de esto, y para la cual Framini no parece ofrecer respuesta: ¿Qué es precisamente la “revolución peronista”? Dicho más concretamente, ¿En qué habría consistido la estela “revolucionaria” del peronismo? Las páginas de *Compañero*, no obstante, sí ofrecen una contestación más que satisfactoria a estas inquietudes. El último de los *Cuadernos de Compañero* estuvo encargado de trazar una línea de continuidad entre el nacimiento del peronismo y la constitución del Movimiento Revolucionario Peronista en agosto de 1964. En la sección “Las grandes conquistas del gobierno popular” de la tercera entrega de *Cuadernos*, se aseguraba:

[E]l nuevo gobierno comenzó *una obra de profundo contenido revolucionario* (...) Se desarrolló así una industria de consumo que llegó a cubrir, prácticamente,

¹⁰ Aserciones de este tipo son contrarias al pensamiento, por ejemplo, de autores como Gil (1989; 46) y Quattrochi-Woisson (1995; 321) Aún a pesar de las diferencias que se vislumbran entre ambos autores, existe un punto en el que parecen coincidir: la política parece servirse de la historia, lo que ocasiona que esta última sea distorsionada. Esto es, se enturbia el verdadero significado de la historia. En este sentido, actividad política y trabajo historiográfico deberían ir por caminos separados. Ahora bien, ¿es posible que la política no apele a la historia para dotarse de legitimidad? ¿Es factible la labor del historiador allende la política? Como ya se anticipó, política e historia, historia y política, se corresponden mutuamente.

las necesidades nacionales, sentándose las bases de la industria pesada. Todas estas *grandes reformas* quebraron el monopolio agrícola-ganadero [Sic]; *fueron el resultado del impulso permanente de las masas movilizadas* como contrapeso de las posiciones de la burguesía industrial, vacilante y frenadora, que encontró su principal aliado en el ejército. Esta contradicción alcanzó su máximo desarrollo cuando la continuidad del proceso revolucionario exigía completar el avance sobre los sectores parasitarios mediante la puesta en marcha de la reforma agraria y la nacionalización integral de los sectores claves de la economía. Allí se evidenció la oposición de la burguesía industrial (...) Se produce así la detención del proceso revolucionario (*Cuadernos de Compañero*, 3, p. 11 – *Cursivas propias*).

Como puede percibirse de la cita precedente, la irrupción del peronismo habría consistido *per se* un hecho revolucionario precisamente por el tenor de las políticas económicas implementadas durante su gobierno, las cuales, “resultado del impulso permanente de las masas movilizadas, se orientaron a la constitución de una industria de consumo, quebrando el “monopolio agrícola-ganadero”. En este sentido, si el tenor revolucionario del peronismo se lee desde el presente y precisamente a raíz de las políticas públicas que llevó adelante al haber llegado al gobierno, adquiere sentido la advertencia de Zizek: “estamos todo el tiempo ‘reescribiendo la historia’, dando retroactivamente a los elementos su peso simbólico incluyéndolos en nuevos tejidos –es esta elaboración la que decide retroactivamente lo que ‘habrán sido’” (2009; 88-89). En otros términos, el carácter revolucionario parece haberse manifestado una vez que esas políticas sucedieron y no antes, adquiriendo tal calificativo, entonces, *a posteriori*. Sin embargo, el proceso revolucionario encuentra sus trabas precisamente cuando debía profundizarse, se lee en el extracto citado. Fue el accionar de la burguesía industrial el que impidió, el que detuvo, “la reforma agraria” y la “nacionalización, aquellos índices de la profundización es la “revolución peronista”. Lógicamente esta detención coincidía con el golpe de Estado de 1955.

Para el caso de *Compañero*, por lo visto hasta aquí, sucedería lo contrario de lo que marca Georgieff respecto del peronismo que se autopercibía en la izquierda del espectro político. Para la autora, “más que restituir a la nación –como pretendía el peronismo ‘ortodoxo’ recuperando las banderas de la soberanía política, la independencia económica y la justicia social, estandartes del periodo 1945-1955”, época mítica para la vieja guardia peronista”, este peronismo buscaba formar una nación bajo nuevas formas (2008; 166). Esto es algo que John William Cooke, por ejemplo, parecía advertirle a Perón en una carta en junio de 1962: “No bastará con las medidas de 1945-1955; hay que ir más allá, como Ud. Ha declarado.” (2014; 527). En *Compañero*,

empero, hay una total y completa recuperación del periodo “1945-1955”. Ella constituía una época de oro, un pasado glorificado que tendría claramente un punto de inicio –el “17 de Octubre”- y uno final –septiembre de 1955 y la “Revolución Libertadora”-.¹¹ Incluso, este pasado glorificado tenía un lugar para las elecciones de 1946. En este sentido, no sólo se refiere a ellas –*Compañero*, 56, p. 4- sino también se las conmemora en uno de sus números –*Compañero*, 35, p. 3-, al cumplirse 18 años. En ambos números, la recuperación de la victoria electoral se presenta como una instancia de legitimización de lo acontecido el “17 de Octubre”. Lejos del silencio o la mención sin más, la elección del 46 ocupa un lugar importante en *Compañero*. En este sentido, se ligaría a lo marcado por Evita en *Historia del peronismo* respecto a las fechas que debían celebrarse en el peronismo (1987; 163). En relación con esta cuestión, Slipak señala que si bien para la organización política-militar Montoneros la revolución también era ubicada entre el periodo 1945-1955, concibiéndosela como una edad de oro precisamente por la unión establecida entre Perón y el pueblo, respecto a las elecciones de 1946 no existía más que silencio. Para la publicación montonera *El Descamisado*, poco tenía de relevante la legitimidad electoral frente al vínculo directo de Perón y el pueblo (2015; 82-95).

En lo que respecta a *Compañero*, podría hablarse aquí de una recuperación de la original acepción que tuvo la revolución según Arendt (2012: 55-57). Esto es, una revolución no involucraba otra cosa que la idea del regreso a un estado de cosas anterior, de la restauración a un punto pretérito luego de la interrupción del flujo histórico.¹² En relación con esto, Melo ha señalado el doble movimiento de heredad e innovación que opera en el discurso Perón en los años de gobierno. No habría allí, entonces, una demonización de todo pasado sino tan sólo de aquel que trastocó el normal transcurrir evolutivo. En virtud de ello, el hecho revolucionario que el acaecer peronista venía a significar no parecía no ser otra cosa que el colocar el país por una presunta senda perdida (2009; 108). Este motivo parecía estar aún presente en los primeros tiempos del Perón de exilio. En *Los vendepatria*, por ejemplo, argumentaba el

¹¹ En su trabajo sobre las prácticas de consumo en el primer gobierno peronista, Milanesio señala que la “versión idílica del peronismo clásico como una década de buenos salarios, altos niveles de consumo y entretenimiento accesible”, componente esencial del imaginario de los entrevistados en su libro, tiende a “olvidar” los problemas de escasez o carestía que se dieron también en la década peronista. Para la autora, esto puede deberse a los problemas económicos que muchos de las personas entrevistadas debieron enfrentar en los años que siguieron al peronismo (2014; 201).

¹² Una similar concepción de la “revolución” puede encontrarse en la publicación de comienzos de los años sesenta de la Mesa Ejecutiva de la Juventud Peronista de Capital Federal y Gran Buenos Aires, *Trinchera de la Juventud Peronista* (Funes, 2018).

caudillo: “Hemos tomado la iniciativa e impuesto nuestra ley de acción hace diez años y sería un terrible error (...) para desandar lo andado. Nuestra solución es la Revolución Social Justicialista” (1974; 148-149). En *Compañero*, este punto de retorno no parecía significar más que la restitución en el poder del gobierno peronista, cuyo paso previo debía ser el regreso de Perón al país.

Recuperando lo dicho anteriormente, el semanario editado por Valotta encuentra que la “esencia revolucionaria” no sólo estaba dada por la *forma* de irrupción del peronismo –la movilización popular y *rescate* de Perón el “17 de Octubre”- sino también, y quizás en un tenor mayor, por el *contenido* que el peronismo en el gobierno dio a sus políticas –constitución de un mercado interno como pilar de una industrialización pesada, por ejemplo-. Ambas, forma y contenido parecen haber sido puestas entre paréntesis con el golpe del año 55. En este sentido, podría tomarse y extenderse al periodo 1963-1965 la observación que realiza Ehrlich (2012; 198) a James (1990; 164): la recuperación y relectura que hace *Compañero* de las políticas del gobierno peronista y de sus conquistas sociales constituyeron elementos para resignificar conflictos del presente. Tómese, por ejemplo, la serie de notas “El privilegio de la salud” que, en sus números inaugural y final –*Compañero*, 51, p. 4 y *Compañero*, 64, p. 4-, se refieren a la obra de la Fundación Eva Perón durante los nueve años de gobierno peronista, trazando un paralelo con la situación por la que atraviesa la salud bajo el gobierno de los radicales del pueblo en 1964.

Sin embargo, debe hacerse una llamada de atención. Esta reivindicación de la naturaleza revolucionaria del peronismo, la que se habría manifestado desde su nacimiento y tomado cuerpo durante la década de gobierno, no debería conducir a pensar que para *Compañero* todas las manifestaciones que se presentaban como peronistas –un verdadero vitró a comienzos de los años sesenta- tenían legítimas credenciales “revolucionarias”. En este sentido, no es posible sostener que para el semanario “todo el peronismo es revolucionario” (Raimundo, 2001; 217);¹³ tan sólo lo es el “inactual”, “legítimo” y “verdadero” peronismo¹⁴ que el propio *Compañero* aduce representar.

¹³ Asegura Raimundo: “Al proponer [*Compañero*] políticas que formulaban ‘barrer con la dirección burocratizada y entregada al enemigo’ provocaron una tensión con la tradicional prédica de ‘unidad del movimiento’, aunque si bien todavía -en relación a estos sectores radicalizados-, estamos en un estadio en el que se considera que todo el peronismo es revolucionario” (2001; 217). Sosteniendo finalmente en una nota al pie: “más adelante habrá un peronismo revolucionario y otro no”.

¹⁴ En su clásico *Peronismo y cultura de izquierda* [2001] (2013), Altamirano aduce que luego de 1955, el peronismo parece adquirir una doble existencia entre un peronismo verdadero y otro empírico. Mientras

Nada ejemplifica mejor esta aseveración que “Historia de un proceso. Las dos líneas del peronismo. Revolución o conciliación”, larga nota sobre las líneas que se formaron en el peronismo desde su génesis. En el centro, flanqueado por dos columnas, se dice:

Desde que el Movimiento Peronista irrumpió en la escena política argentina, *dos corrientes opuestas* se han enfrentado permanentemente por la preeminencia ideológica y política en la dirección: *la revolucionaria y la conciliadora*. La *primera surge de las masas* y se proyecta hacia la conducción del proceso de Liberación por la clase trabajadora. En las etapas en que ha logrado prevalecer, ha *permitido conquistar las grandes victorias populares y antiimperialistas* que jalonan los grandes avances del Peronismo. La *segunda*, la línea conciliadora, *tiene sus raíces en los elementos burocratizados* que sirven de correa de transmisión a las ideas claudicantes de la burguesía que se ligó al imperialismo yanqui. Cuando este sector logró *contener la expresión auténtica de las bases e imponer sus posiciones* de conciliación con los enemigos del pueblo, se produjo la detención de la revolución o aún su retroceso (*Compañero*, 62, p.4 – Cursivas propias).

Se ve, entonces, como el peronismo, desde su propio nacimiento, habría parido dos tendencias antagónicas, las que lucharon por imponer su hegemonía dentro del movimiento. De un lado, los sectores revolucionarios, artífices de las “grandes victorias populares y antiimperialistas” que dan la nota en la historia del peronismo. Del otro, contracara exacta, los sectores conciliadores, “enemigos del pueblo”, caracterizados por su esencia burocrática y por tomar el lugar de “correa de transmisión” de intereses ajenos al sentir popular. En 1955, se plasmaría la hegemonización del sector conciliatorio, traducándose en el triunfo de la “Revolución Libertadora” y ocasionando la “detención de la revolución”.

Asimismo, para el semanario, ambos polos antitéticos habrían manifestado su naturaleza precisamente en el hecho inaugural del peronismo: el “17 de Octubre”. Las masas, “superando las vacilaciones y el temor de la burocracia incipiente” (*Compañero*, 62, p. 4) y desbordando los “propios organismos sindicales” (*Compañero*, 18, 3), habrían tomado la resolución de movilizarse “sin esperar el resultado de la reunión de la CGT” (*Compañero*, 68, 4).¹⁵ En definitiva, el nacimiento de ambos sectores coincidiría,

el primero se refiere a un peronismo inactual pero pleno en el pasado –coincidente con la década peronista-, mayoritario pero excluido y reacto al encorsetamiento doctrinario, el peronismo empírico, su contracara exacta, configuraría lo no-verdadero y lo minoritario.

¹⁵ Esta versión está presente en la lectura que hace Eva Perón en la Escuela Superior Peronista en 1951 y luego publicado como *Historia del peronismo* [1952] (Navarro, 1995; 168). En su trabajo *La vieja guardia sindical y Perón*, Torre desanda la versión de que la movilización se produjo al margen de las organizaciones sindicales. La sincronización de la movilización obrera es el índice a partir del cual el autor cuestiona tal arraigada versión. Asimismo, la espontaneidad de la reacción de los trabajadores “no significa, sin embargo, que ella no se haya sido preparada previamente por la agitación de los militantes

para el semanario, con una superación, un desborde, un desoír de los revolucionarios a los conciliadores. En tanto construcción de un mito de origen –esto es, “hablando del pasado, proporcionan categorías que permiten comprender el presente y planear el futuro” (Neiburg, 1995; 231)-, el hecho de destacar aquella dimensión “subversiva” de las masas frente a sus dirigentes en octubre de 1945 tenía la función de presentar los conflictos presentes entre las dirigencias sindicales y sus bases bajo una nueva luz; recuperando mediante el relato aquella esencia disruptiva de las masas, se trataba de filiar las luchas presentes con aquellas que habían tenido éstas en el alumbramiento del fenómeno peronista.

Respecto de quienes habían conformado desde el nacimiento del peronismo esa línea conciliatoria, para *Compañero* no existían dudas. En la misma “Historia de un proceso...” mencionada más arriba se dice sobre el año 55:

El *cercos de burócratas y traidores ahoga y detiene la revolución*, impidiendo la profundización de la labor transformadora del peronismo. *La CGT neutralizada también por burócratas y tráfugas*, deja de ser el instrumento de movilización de las masas, para convertirse en su freno. Los *repetidos llamados de Perón para la formación de las milicias obreras* que Evita también había impulsado como armada de defensa de la revolución, para enfrentar al ejército, ya definido como brazo armado de las fuerzas de burguesía proimperialista, *se encontraron con el sabotaje de la burocracia*, que presionaba en favor de la conciliación con los enemigos del pueblo (*Compañero*, 62, p.4 –Cursivas propias).

La burocracia dirigente, la que había colonizado la CGT, habría tendido un cerco alrededor de Perón, impidiendo la “profundización de la labor transformadora del peronismo”. Este cercamiento de la “Revolución Peronista” se tornaba palpable en la negativa de formar “milicias obreras”, negativa que presuntamente partía de los sectores burocráticos en alianza con el ejército. Estos sectores, en vez de lanzarse a la defensa del gobierno peronista, apostaron a la “conciliación con los enemigos del pueblo”. El motivo del “cerco” no es una novedad del discurso de *Compañero*. Ya en una carta a Perón, Cooke advertía que junto al líder y a la masa revolucionaria, se daba también una “capa burocrática –sindical, política y administrativas- que actúa de aislante y no de mecanismo de transmisión, de freno y no de ejecutora de la política revolucionaria” (2014; 477). Aún más, Tcach, en su trabajo sobre la participación de representantes tradicionales como Acción Católica o el Partido Conservador en la “invención” del

obreros y no contara, al mismo tiempo, con la coordinación de los sindicatos. Todos estos trabajos dieron unidad a las múltiples iniciativas y fueron supervisados por la dirección paralela que actuaba en la CGT” (1990; 158).

peronismo cordobés, muestra la presencia de una suerte de “teoría del cerco” en el laborismo cordobés de mitad de los cuarenta (2014; 29). Casi treinta años más tarde, como se recordará, la “teoría del cerco” será también una temática cara y urticante para Montoneros. Como muy bien relatan Verón y Sigal (2014; 179-194), mediante la imagen del cerco se imaginaba que entre la Juventud Peronista y Perón se encontraban empotrados intermediarios “burocráticos” que distorsionaban la comunicación clara y frontal entre ambos. Era la intermediación de esos intereses los que explicaban las decisiones y acciones del líder, muchas veces contrarias a los intereses de los sectores juveniles del peronismo. Este comodín explicativo, no obstante, sufrió algunas modificaciones a partir del tercer gobierno peronista, esbozándose algunas críticas a Perón sin por ello redimir a los sectores sindicales (Slipak, 2013; 360).

Retomando lo expresado en *Compañero*, la burocracia habría tenido también un papel destacado en otro hecho de envergadura, el cual, dejando una marca indeleble en el peronismo, habría constituido la piedra de toque del “ahogo” y “detenimiento” revolucionario: el “Renunciamiento de Evita” del 22 de agosto de 1951,¹⁶ como lo denomina la hagiografía peronista. Resulta curioso marcar que Perón, en *Del poder al exilio* de 1958, en la sección que dedica a Evita, no hace mención alguna al Cabildo Abierto del Justicialismo ni mucho menos del “Renunciamiento” de su segunda esposa. Curioso precisamente porque podría indicar que la fecha adquiere real relevancia sólo posteriormente, a partir de los años sesenta, a la luz de los conflictos entre diversos grupos que pugnaban por tornarse hegemónicos dentro del peronismo. Para *Compañero*, entonces, la declinación de Eva Perón a conformar la fórmula presidencial está ligada íntimamente al accionar de la burocracia, “instrumento de la traición de la burguesía y de las fuerzas militares”. La negativa de la segunda esposa de Perón a la vicepresidencia marca el comienzo, se señala, del “cerco que tiende a impedir el contacto de las masas con el Líder” (*Compañero*, 62, p.4). Por tanto, mucha parecía ser la responsabilidad que cabía sobre los hombros de los elementos burocráticos.

No obstante, el “Renunciamiento” tenía, para el semanario, una función también didáctica. Recordando el episodio, Felipe Ludueña, miembro del Secretariado Ejecutivo del MRP por Santa Cruz, observa:

¹⁶ En vísperas a las elecciones de noviembre de 1951, el 22 de agosto se llevó a cabo el Cabildo Abierto del Justicialismo en el Ministerio de Obras Públicas donde se lanzaría la fórmula presidencial “Perón-Perón”. Luego de dos horas de deliberación pedidas a su anonadado auditorio, Evita renuncia a la candidatura a vicepresidente. Para Luna, la declinación de Evita forma parte de una estrategia diseñada por el Perón para rehuir de las rencillas internas que se hubiesen formado para cubrir el puesto de vicepresidente de cara a las elecciones de noviembre (1985; 188-191).

Pero los puestos no es lo que determina la conducta de los verdaderos revolucionarios, desde el llano junto al Pueblo, a pesar de su quebrantada salud, el trabajo Revolucionario continuó. El 22 de agosto de 1951 la compañera EVITA, humilde soldado salida de las filas del pueblo no aceptaba el honor del alto puesto, este renunciamento (...) nos debe hacer meditar profundamente, nos debe dar la pista para descubrir en la conducta de los que circunstancialmente conducen el movimiento, sin vocación revolucionaria, sin abnegación, sin humildad, la reiteración de aquellos episodios, tratando nuevamente hoy de cercar y anular a los que consustanciados con el espíritu de lucha y esclarecida conciencia histórica de las masas se ponen a su servicio llevándolas a la Revolución y a la victoria (Compañero, 60, p. 8 – Cursivas propias)

La renuncia de Eva Perón, entonces, debía ser concebida como un mecanismo que conduzca a la reflexión acerca de la conducta de los que “circunstancialmente” eran los dirigentes peronistas en el país. Evita prefirió renunciar al puesto político y continuar su trabajo “desde el llano junto al Pueblo”. Lo contrario ocurriría con esos dirigentes políticos y sindicales que “sin vocación revolucionaria, sin abnegación, sin humildad” –características todas asociadas a la figura de Eva, como se verá más adelante- continúan “cercando” y “anulando” la endémica esencia revolucionaria de las masas peronistas. Sobre los dirigentes burocráticos volvía a echarse la responsabilidad.

La imagen que ofrece *Compañero* respecto del “Renunciamento” puede poner en tensión la lisa y llana asociación de Evita con la ética de la convicción y de Perón con la ética de la responsabilidad (Sarlo; 1999; 348-349 y 2003; 27 y Slipak, 2015; 89). Sopesando las dificultades que podría traerle a Perón que aceptase su candidatura a vicepresidente –esto es, valorando las consecuencias de sus actos-, Eva habría decidido declinar su aceptación y volver al pueblo. La declinación, no obstante, obedecería también a una convicción: obligación moral y seguimiento apasionado de principios. En este sentido, no hay que olvidar que ambos son tipos ideales y, como recuerda su artífice, “no son términos absolutamente opuestos, sino elementos complementarios que han de concurrir para formar al hombre auténtico, al hombre que puede tener ‘vocación política’” (Weber, 2000; 104).

No es para nada casual este real o aparente rol protagónico que el semanario daba a la burocracia. Al decir de James (1990; 217), el ciclo que se abre entre fines de 1962 con la casi total recuperación de la CGT por los peronistas y las postrimerías del golpe de Estado de Juan Carlos Onganía en 1966, puede ser denominado “La era de Vandor”. Vandor expresaba la “tensión latente entre los dirigentes sindicales, que querían un acceso autónomo al estado, y Perón, que quería mantener el control de sus seguidores” (McGuire, 2004; 181). Representaba, como sostiene el autor de *Resistencia*

e integración, la tentativa sindical de consolidar e institucionalizar el poder acumulado en tanto representantes de los trabajadores organizados y expresión legal del peronismo (James, 1990; 263). Con Vandor, y como nunca antes, la posibilidad de organizar un partido político peronista sin Perón cobraba reales dimensiones. Otra forma de decir, amparándose en el poder del gremialista oriundo de Entre Ríos, la puesta en cuestión del lugar de Perón parecía ser una realidad.

La tentativa de *Compañero* de filiar a los sectores sindicales que representaba Vandor con el “Renunciamiento de Evita” y con el golpe de Estado de 1955 se dirigía no sólo a negarles su pertenencia al peronismo y, en un mismo movimiento, restituir a Perón el rol al parecer negado. Esta filiación estaba también orientada a presentar a los que hablaban a través del semanario como los auténticos representantes del movimiento; aquellos que, recuperando la estela revolucionaria del “17 de Octubre” y de las políticas del gobierno peronista, se mantenían incólumes detrás de su conductor y máximo artífice, en momentos en que su lugar estaba tratando de ser erosionado.

A este respecto, dicha vinculación se relaciona con dos argumentos que Arendt despliega en relación a la tradición romana. Por un lado, para la teórica política alemana, la religión fue entendida como la acción de “volver a ser atado, obligado por el enorme y casi sobrehumano, y por consiguiente siempre legendario, esfuerzo de poner los cimientos, de colocar la piedra fundacional, de fundar para la eternidad” (Arendt, 2016; 192). Y, por el otro, la autoridad, en una íntima relación con la antedicha, era la que permitía aumentar el poder de la fundación –aquel comienzo sagrado de la historia– como fuerza vinculante que adquiere su peso específico en el pasado. Así, en tanto el pasado y la tradición no fuesen interrumpidos, la autoridad se mostraba intacta. En *Compañero*, entonces, el religarse a la tradición peronista, edificando específicamente una dimensión revolucionaria que tuvo su acaecer, permitía al semanario no sólo restituir la autoridad lesionada de Perón sino más aún revalidarse como un actor legítimo dentro del movimiento.

En esta revalidación, asimismo, se traslucen dos motivos caros al peronismo verdadero, tal y como señala Altamirano. En primer lugar, la tarea del rescate, sea éste de Perón, del pueblo o de la Patria. Debe marcarse que el motivo del rescate a Perón presuntamente ocurrido el “17 de Octubre” –que se encontraba ya mencionado en los discursos de Eva Perón del “Día de la Lealtad” de 1949 y 1950, y brevemente en algunos pasajes de *La razón de mi vida* [1952] (2006; 86)– se repite con insistencia en las páginas de *Compañero*: “¿Es que ya se olvidó que en 1945 el Pueblo triunfó sobre la

oligarquía y el imperialismo, rescatando a su líder?” (*Compañero*, 12, p. 6); “El pueblo lo rescató de las garras de la oligarquía a nuestro querido Perón” (*Compañero*, 31, p. 6); “La clara conciencia de que era necesario ir a la lucha para rescatar a Perón y derrotar a la oligarquía había lazando a la clase trabajadora a la calle” (*Compañero*, 68, p. 4). Es posible que el tópico del rescate haya tomado cuerpo estando Perón en el exilio. A partir de la restitución que de éste hace el semanario, se estaba insistiendo en la necesidad de que se produjese un nuevo rescate de Perón casi 20 años después. Y, en segundo lugar, el motivo del expresar o develar una esencia circunstancialmente eclipsada tanto por la proscripción como por las vicisitudes del propio peronismo –su naturaleza revolucionaria, como se vio más arriba- (Altamirano, 2013; 131).

Conclusiones

El trabajo realizado pretendió analizar el vínculo entre constitución identitaria e historia. A este respecto, en una primera parte, se analizó qué se entienden conceptualmente por identidad socio-política. Allí se precisó, además, el rol que la historia, la “perspectiva de la tradición” en términos de Aboy Carlés, tiene en los procesos identitarios. Se llegó así a la conclusión de que los “usos de la historia” son columnas ineludibles de los que se vale la constitución de toda identidad socio-política. Esto significó poner en tensión aquellas hipótesis que pretenden sostener la existencia de una “verdadera historia” a la que la política no haría más que alterar o ensombrear. En este sentido, todo hurgamiento en el pasado lleva deliberadamente consigo una herencia de olvidos y errores.

Con todo ello en mente, en la segunda sección se muestra la imagen que conforma *Compañero* del fenómeno peronista. Este retrato le permitía, en forma simultánea, ligarse a la tradición peronista y polemizar contra los sectores que, pretendiendo ubicándose dentro del movimiento, trataban de cuestionar el rol preponderante del propio Perón. Esencialmente, de esto trataba la recuperación de una “esencia revolucionaria” en el peronismo en la que embarcó el semanario. Así, subrayar aquella supuesta dimensión revolucionaria, permitía al semanario no sólo restituir la autoridad lesionada de Perón sino más aún revalidarse como un actor legítimo dentro del movimiento.

Ese restablecimiento de la faz revolucionaria involucraba: I) reconocerle una capacidad para conmover el orden de lo dado; II) ligar el acontecer del peronismo –el “17 de Octubre”- con la gesta revolucionaria de Mayo; y III) enlazar la forma de

irrupción –la movilización de octubre del 45- con el contenido del peronismo –las políticas públicas que llevó adelante en el gobierno-. Son estos puntos los que permiten poner en cuestión la supuesta reticencia de ciertos grupos peronistas de los años sesenta para recuperar la experiencia del periodo “1945-1955” y, también, la que sostiene que, para aquellos años, todo el peronismo se pensaba revolucionario. En este sentido, la recuperación completa de la “década peronista” que se hace en *Compañero*, unido, además, al delineamiento realizado respecto de una esencia revolucionaria peronista que habría sido obturada por otros sectores, pueden contraponerse a aquellas afirmaciones.

Posteriores análisis deberán hacer comparecer diversas construcciones del fenómeno peronista en “clave revolucionaria” en otras manifestaciones del peronismo de los años sesenta y analizar si las inclinaciones que se vislumbran en *Compañero* son cimentaciones (tendencialmente) originales o si, como es lógico pensar, son producto del *zeitgeist* de una época. Es aquí, entonces, donde la teoría de las identidades socio-políticas tiene un arduo trabajo: desmalezar un terreno con el auxilio tanto de la teoría como de la historia. Labor espinosa si no se acepta que identidad e historia, cual cinta de Möbius, no son términos opuestos y separados sino más bien son continuos y se corresponden mutuamente.

Bibliografía

- Aboy Carlés, Gerardo (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina. La redefinición de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*, ed. Homo Sapiens, Rosario.
- Altamirano, Carlos (2001) *Peronismo y cultura de izquierdas*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Arendt, Hannah (2012) *Sobre la revolución*, ed. Alianza, Madrid.
- _____ (2016) *Entre el pasado y el futuro*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- Anzorena, Oscar (1989) *Historia de la Juventud Peronista (1955 – 1988)*, ed. Del Cordón, Buenos Aires.
- Baczko, Bronislaw (2005) *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Balbi, Fernando Alberto (2007) *De leales, desleales y traidores. Valor moral y concepción de política en el peronismo*, ed. Antropofagia, Buenos Aires.
- Bauman, Zygmunt (1999) *Modernidad líquida*, ed. FCE, Buenos Aires
- Bozza, Juan (2001) “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de su radicalización. 1959-1969”, en *Sociohistórica*, 9-10, pp. 135-169, La Plata.
- Ehrlich, Laura (2012) *Intransigentes, duros y revolucionarios. Variaciones en la cultura política peronista entre 1955 y 1963*, tesis para obtener el título de Doctora en Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

- Funes, Andrés. N (2018) “‘Bajo fueras de ocupación’. Violencia y revolución en Trincheras de la Juventud Peronista (1960-1963), en *Trabajo y Comunicaciones*, FAHCE-UNLP, n°47, pp. 1-16.
- Gaitán, Carlos (2014) *La Resistencia. El peronismo que yo he vivido*, ed. Ciccus, Buenos Aires.
- Gil, Germán (1989) *La izquierda peronista*, ed. CEAL, Buenos Aires.
- Gillespie, Richard (1982) *Soldados de Perón*, ed. Sudamericana, ed. Buenos Aires.
- Gramsci, Antonio (2003) *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Hobsbawm, Eric (1983) “Introduction: Inventing Traditions”, en Hobsbawm, E. y Ranger, T., *The Invention of Traditions*, Cambridge University Press, Cambridge.
- James, Daniel (1976) “The Peronist Left. 1955 – 1975”, en *Journal of Latin American Studies*, Cambridge University, Vol. 8, n° 2, pp. 273-296
- _____ (1995) “El 17 y 18 de Octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina”, en Torre, J. C (Comp.) *El 17 de octubre de 1945*, ed. Ariel. Buenos Aires.
- _____ (1990) *Resistencia e integración*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- John William Cooke (2014) *Correspondencia Perón-Cooke*, ed. Colihue, Buenos Aires.
- Laclau, Ernesto (1996) *Emancipación y diferencia*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- Lanusse, Lucas (2005) *Montoneros. El mito de sus 12 fundadores*, ed. Vergara, Buenos Aires.
- Lobato, Mirta Zaida y Tornay, Lizel (2005) La política como espectáculo: imágenes del 17 de octubre, en Sené González, S. y Lerman, G. (Comp.) *El 17 de octubre de 1945. Antes, durante y después*, ed. Lumiere, Buenos Aires.
- Luna, Feliz (1984) *Perón y su tiempo. II La comunidad organizada 1950-1952*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- McGuire, James (2004) “Perón y los sindicatos: la lucha por el liderazgo peronista”, en Amaral, S. y Plotkin, M. (Comp.) *Perón: del exilio al poder*, ed. Eduntref, Saenz Peña.
- Melo, Julián (2009) *Fronteras populistas. Populismo, peronismo y federalismo entre 1943 y 1955*, tesis para obtener el título de Doctora en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Melón Pirro, Julio Cesar (2011) “Un partido en situación de espera. Los alineamientos políticos del peronismo en el segundo momento de la proscripción, 1963-1964”, en Melón Pirro, J. C. y Da Orden, L (Comp.) *Organización política y Estado en tiempo del peronismo*, ed. Prohistoria, Rosario.
- Milanesio, Natalia (2014) *Cuando los trabajadores salieron de compras. Nuevos consumidores, publicidad y cambio cultural durante el primer peronismo*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Navarro, Marysa (1995) “Evita y la crisis del 17 de octubre de 1945: un ejemplo del mito peronista y antiperonista”, en Torre, J. C. (Comp.), *El 17 de octubre de 1945*, ed. Ariel. Buenos Aires.
- Neiburg, Federico (1995) “El 17 de Octubre de 1945. Un análisis del mito de origen del peronismo”, en Torre, J. C. (Comp.) *El 17 de Octubre de 1945*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- Raimundo, Marcelo (2001) “Compañero y los orígenes del Peronismo Revolucionario”, *Sociohistórica*, 8, pp. 203-226.
- Rancière, Jacques (2007) *El desacuerdo. Política y filosofía*, ed. Nueva Visión, Buenos Aires.
- Restrepo, Eduardo (2007) *Identidades: planteamientos teóricos y sugerencias metodológicas para su estudio*, en Revista Jangwa Pana, N°5, Pp. 24-35 [En línea]

[Disponible en: <http://www.ram-wan.net/restrepo/documentos/identidades-jangwa%20pana.pdf>].

- Renan, Ernest (2010) *¿Qué es una nación?*, ed. Hydra, Buenos Aires.
- Perón, Juan Domingo (1958) *Del poder al exilio. Cómo y quiénes me derrocaron*, S/d, Buenos Aires
- _____ [1958] (1974) *Los vendepatria*, ed. Liberación, Buenos Aires.
- Perón, Eva (1987) *Historia del peronismo*, ed. Volver, Buenos Aires.
- _____ (2006) *La razón de mi vida*, ed. CS Ediciones, Buenos Aires.
- Plotkin, Mariano (1995) “Rituales políticos, imágenes y carisma: La celebración del 17 de octubre y el imaginario peronista 1945-1951”, en Torre, J. C. (Comp.), *El 17 de octubre de 1945*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- Quattrochi-Woisson, Diana (1995) *Los males de la memoria. Historia y política en la Argentina*, ed. Emecé, Buenos Aires.
- Sarlo, Beatriz (1999) “Eva Perón: algunos temas”, en Altamirano, C. (comp.) *La Argentina en el siglo XX*, ed. Ariel, Buenos Aires.
- _____ (2003) *La pasión y la excepción*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Schneider, Alejandro (2006) *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*, ed. Imago Mundi, Buenos Aires.
- Slipak, Daniela (2013) “De lealtades y tradiciones. El enfrentamiento de la JP Lealtad con Montoneros a través de sus revistas”, en *Estudios Sociológicos*, Vol. 2013, p.p. 345-367, México DF.
- _____ (2015) *Las revistas montoneras*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Tcach, César, Obreros rebeldes, sexo y religión en el origen del peronismo cordobés, en Macor, D. y Tcach, C. (Comp.) *La invención del peronismo en el interior del país*, ed. UNL, Santa Fe.
- Torre, Juan Carlos (2011) *La vieja guardia sindical y Perón*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Verón, Eliseo y Sigal, Silvia (2014) *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, ed. Eudeba, Buenos Aires.
- Weber, Max (2000) *Política y ciencia*, ed. Aleph, Buenos Aires.
- Weffort, Francisco (1998) “El populismo en la política brasileña”, en Petrone, M. y Mackinnon, M. (Comp.), *Populismo y neopopulismo en América Latina*, ed. Eudeba, Buenos Aires.
- Yannuzzi, María de los Ángeles (2002) “Homogeneidad e heterogeneidad: la ambivalencia de la identidad”, en Battcok, C., Dávila, B., Germain, M., Gotta, C., Manavella, A. y Múgica, M. L., (coords.), *Espacio, memoria e identidad*, UNR Editora, pp. 282-288, Rosario.
- Zizek, Slavoj (2009) *El sublime objeto de la ideología*, ed. Siglo XXI, Buenos Aires.

Fuente

- *Compañero*, 79 números, junio de 1963 a abril de 1965
- *Cuadernos de Compañero*, número 3, noviembre 1964